Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. B

"¡Viva! Bendito el que viene en nombre del Señor…. Ellos gritaron más fuerte: Crucifícalo"

El Domingo de Ramos, o Domingo de la Pasión del Señor abre la Semana Santa. Lo hace con un fuerte contraste entre el agitarse en el aire de los ramos en la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y la lectura de la Pasión en el evangelio de hoy. Una vez más, en la vida de Jesús, se cumple lo que había anunciado el anciano Simeón: "Será una bandera discutida" (Lc 2, 35).

La entrada en Jerusalén quiere ser como la entronización del Mesías. Todo fue un movimiento espontáneo. La voz del pueblo era la voz de Dios. Respondieron los sencillos y los pequeños, aunque no faltaron voces discordantes, personas ciegas o interesadas. Era el día de la alegría y de la alabanza, el día del triunfo y la acción de gracias. En otras ocasiones quisieron hacer rey a Jesús, y El lo rehusó. Pero hoy es día que hizo el Señor.

Una entrada triunfal curiosa, por la gente y por el estilo. Hay más niños que soldados, hay más pueblerinos que gente principal. Las espadas y las armas de guerra se han cambiado por los ramos de olivo, las marchas triunfales por aclamaciones espontáneas y populares, las carrozas por alfombras de mantos y ramas, y los caballos por un borrico. Es el estilo de Dios que no viene a imponer, sino a ofrecer; no a dominar, sino a servir; no a esclavizar, sino a recordar que todos somos hijos de Dios; no a ofrecer privilegios, sino a construir la fraternidad.

La actitud de Jesús es de humildad, como lo había sido desde el día de su nacimiento. Todo el estilo de esta entronización real tiene el encanto de lo sencillo El Reino de Dos se parece a un grano de mostaza, así de pequeño, pero así de fuerte. Admirable la paz de Jesús. Camina humilde. La paz es su bandera y su estandarte. A su paso bendice con ternura. El mismo es todo bendición. Su entrada triunfal en un borrico entre ramos de olivo, aclamado por niños y gente sencilla es signo de la paz de Dios que se concentra en Cristo, y hoy se ofrece una vez más a Jerusalén y a todos los pueblos. Es profecía contra todo tipo de violencia y de armas. Es la victoria de Jesús sobre todas las fuerzas malignas. Ha venido, no para vencer a los hombres, sino para vencer el mal que hay en el hombre, liberándolo de todo lo que le oprime y esclaviza, esté fuera o esté dentro de él.

La lectura de la Pasión, la otra cara de este Domingo, fija nuestra mirada en quien será el centro de lo que celebraremos en la Semana Santa: Jesús, el Señor que con toda fidelidad, con todo amor, sigue el camino que le llevará a la cruz y nos abrirá a

nosotros las puertas de la vida. Es el grano de trigo que muere, y da abundante fruto.

Nosotros creemos en ese hombre que la autoridad ha detenido, que ha sido víctima de un juicio sumarísimo, que no ha podido defenderse de las calumnias que han lanzado contra Él, que ha tenido que pasar como un ladrón y un bandido, que ha sido duramente torturado, que ha terminado su carrera del modo más desgraciado: ejecutado en público, en el patíbulo más infame, como un espectáculo. Nosotros creemos en El, y sabemos que esta muerte tan desgraciada es la muerte de alguien que había convertido su vida en un constante e inagotable manantial de bondad, de amor, de pasión por la verdad, la justicia y la libertad.

La pasión de Cristo no es más que la epifanía de la pasión de Dios por los hombres En Jesús, en su. vida, en sus palabras, en sus milagros, pero sobre todo en su pasión y muerte, se hace evidente todo el misterio insondable del amor de Dios, que ha empeñado su palabra en rectificar la historia humana llena de disparates, de guerras y violencia, de injusticias y desigualdades, en el horizonte de una gran esperanza de justicia, de amor y de paz.

Empezamos la Semana Santa. Hagamos nuestra la súplica con la iniciamos la Eucaristía: "Concédenos, Señor, que las enseñanzas de su pasión nos sirvan de testimonio, y que un día participemos en su gloriosa resurrección".

Joaquin Obando Carvajal